

# LA OTRA CARA DE LAS *JUVENILIAS*: CUANDO HERNÁN MEDILAHARZU<sup>1</sup> FUE ALUMNO DEL PROFESOR ADOLFO RUIZ DÍAZ

Por LILA BUJALDÓN DE ESTEVES

En los encuentros de excompañeras y compañeros de la escuela secundaria llama la atención que una y otra vez se recuerden anécdotas de la vida estudiantil compartida que tienen que ver con la transgresión de la disciplina y con las burlas más o menos pesadas para con los docentes. Seguramente que para ello hay muchas explicaciones desde la psicología de los adolescentes, así como la necesidad del humor para exorcizar la melancolía que subyace frente a una época de la vida que se hace cada vez más lejana y que no volverá más.

Cuando la novela *Juvenilia* de Miguel Cané era una lectura canónica en la enseñanza secundaria, más que fijarnos en los detallados retratos de ilustres profesores del incipiente Colegio Nacional Buenos Aires, como Amadeo Jacques o el Rector Eusebio Agüero, nos atraían las anécdotas de los robos de sandías en la huerta de los vascos o las escapadas del internado para ir a fiestas clandestinas.

Sin embargo, lo que no tiene tanta centralidad en el repaso en común de los recuerdos estudiantiles es el peso que tuvieron algunos docentes para toda la existencia de los circunstanciales y juveniles discípulos.

Nuestro querido amigo Hernán Medilaharzu sí apelaba en forma constante al papel que el profesor Ruiz Díaz había jugado en su paso por los bancos secundarios. Él nos contaba a menudo que había sido alumno y egresado por los años 50 de la Escuela Argentina Modelo, un prestigioso establecimiento educativo fundado hace más de cien años en Buenos Aires por Carlos María Biedma y la inolvidable Rosario Vera Peñaloza, la “Rosarito” de los blancos delantales que Félix Luna y Ariel Ramírez inmortalizaran en una canción. Allí, en su escuela, nos refería Hernán, había tenido la inmensa suerte de escuchar extasiado las clases de un profesor de Literatura que iba de banco a banco, de siglo en siglo, hablando de textos clásicos de todas las literaturas y culturas. Según relataba Hernán, la versación del joven profesor Ruiz Díaz no acababa en las letras, sino que abarcaba otras artes, como la pintura, la música y el cine.

Aunque Hernán Medilaharzu se había dedicado luego a la Medicina en sus estudios universitarios, y de hecho llegó a ser uno de los grandes endocrinólogos infantiles del Hospital R. Gutiérrez y del Hospital Garrahan de la capital porteña, sin embargo, había hecho en su existencia un lugar importante a la cultura en todas sus

expresiones y en torno a ello hacía surgir la figura de aquel profesor de la escuela secundaria que mágicamente le hiciera tan cercano el mundo del arte. A través de las conversaciones con Hernán conocimos a Kurosawa y sus últimos estrenos e intercambiamos sobre la obra de Bergman, Coppola, Cohen, Visconti. Gloria, su esposa, recuerda que la última película que vieron juntos, con gran entusiasmo por parte de Hernán, fue “Dolor y Gloria” de Almodóvar. El gusto por la ópera había ido creciendo en sus habituales visitas al Colón y adoraba a los románticos Brahms y Schubert, junto a otros más modernos como Debussy, Satie y Stravinsky. Los poetas españoles y los narradores latinoamericanos del boom estaban en su lista de lecturas y comentarios, así como Nabokov, Paul Auster, Salinger fueron motivo de discusiones y críticas. El último autor que leyó con entusiasmo fue Javier Cercas, pese a sus dificultades con la visión. La pintura renacentista italiana junto a los españoles Velázquez y Goya estaban entre sus preferidos, por lo que lo alegraba sobremanera que hubiera una sala para el pintor de la Maja en el Museo de Bellas Artes de su ciudad natal.

Ese ambiente de apertura y admiración de Hernán junto con Gloria por el arte, tan alejado del mundo de la ultraespecialización médica que lo rodeaba, se instaló luego en forma decisiva en su familia, cuyos hijos Andrés y Agustín han conjugado, en obras de teatro y películas, la palabra y las realizaciones estéticas del diseño. Creo que este hecho era valorado por Hernán con tanta satisfacción como cualquier otro sobresaliente de su carrera médica.

Al visitarnos en Mendoza para dictar generosamente cursos de la especialidad pediátrica en la que era una eminencia, Hernán Medilaharzu siempre volvía al hito que - treinta o cuarenta años atrás- significara la figura y clases de aquel profesor que se paseaba entre los bancos hipnotizando a sus alumnos de secundaria y con ello, como en su caso, les dejara un legado perdurable de sensibilidad y valoración por el arte que a él lo diferenciaba de muchos de sus otros colegas afamados.

Intuyo que saber que mi esposo, mi padre, Aurelio Bujaldón, y yo habíamos compartido esa riqueza, ese humanismo del profesor Ruiz Díaz por largos años en la cuyana Facultad de Filosofía y Letras contribuyó a fortalecer una amistad rica e inolvidable que ahora, sin Hernán, se prolonga en la figura de su esposa Gloria y sus hijos Andrés y Agustín.

Mendoza, noviembre 2021.

*Fotografía de Hernán Mendilaharzu y Lila Bujaldón, tomada por, Pedro Esteves, en las Agüaditas, Valle de Uco, Mendoza.*